



## ESTE ES EL MES

DE LA SENSACIONAL SORPRESA  
PRONTO, MUY PRONTO  
SALDRÁ NUESTRO NÚMERO-ALMA-  
NAQUE PARA 1924 CON LA MAYOR  
SORPRESA PARA NUESTROS LECTORES



¿QUÉ SERÁ?

¡Un precioso álbum!!

ANTES DE QUE SE AGOTEN TOTAL-  
MENTE ADQUIERA, LO NÚMERO/  
PUBLICADOS QUE LE FALTEN PUES DE  
LO CONTRARIO, ¿CÓMO LLENAR EL ÁL-  
BUM PARA QUE HAGA UN EFECTO  
SORPRELENTE?

# La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 55

25 cts.



En  
los  
jardines  
de Murcia

(María del Carmen)

por  
Arlette Marchal

FilmoTeca  
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO II

N.º 55

---

---

**En los jardines de Murcia**  
(María del Carmen)

por la eminente artista ARLETTE MARCHAL

Les Films Mercanton

Presentaciones del Consorcio Internacional de Explotaciones Cinematográficas (colección de OBRAS MAESTRAS)

Rambla del Prat, 4. - Barcelona

*La obra inmortal de nuestro ilustre dramaturgo, D. José Feláu y Codina, al ser conocida en París, según la sabia traducción de D. Carlos de Batlle, bajo el título de "En los jardines de Murcia", obtuvo un éxito tan formidable, que bien puede decirse que España entera fué objeto del unánime homenaje de la "Ville Lumière". Al*

*ser adaptada á la pantalla, acaba de llegar á la cumbre de su brillante consagración.*

*¡Gloria á quien logró esparcir los destellos de su ingenio, por el mundo entero, al que supo presentar en el extranjero, no la "España de Pandereta" con su tipo ridículo de "chulo", sino á la España fértil, laboriosa, inundada de sol, donde se ama sublimemente y se odia con nobleza!*

:: Argumento de la película de dicho título ::

En la huerta de Murcia, el brillante jardín de España, la tierra tan fragante y milagrosa, «que si te agachas y coges un puño de ella y te lo arrimas, ¡huele!»

¿Cuál es la flor más bella, la prenda más preciosa del lugar? María del Carmen, la mujer toda pasión, toda bondad, constancia y poesía.

¿Cuál es el fruto de la huerta, de que están más orgullosos los naturales, el muchacho más brioso, noble y valiente? Pencho, el mozo de fuego, el que ama y odia con igual vehemencia, el primero y único que escuchó de labios de Carmen «la dulce palabriquia que da la vida».

¿Y cómo había de ser?... Se amaban con todo el ímpetu del amor primero... del último.

Un día, al ver la «faca» que descarada y provocante asomaba por el cinto del amado, María del Carmen sintió profunda inquietud, pues conocía el arrojo y la gocosidad de Pencho.

—Pencho... amor mío. Si sabes que me aflige, ¿por qué llevas la «faca» siempre contigo?

—Porque siempre que recuerdo tu angelical hermosura... acaricio mi «faca» y digo: «Mientras tú estés aquí, yo no la pierdo».

—Si tan sólo la llevaras por tal recelo, tranquila estaría, que te juré mi fe y tuya será hasta la muerte... pero bien sabes que siempre andáis los mozos en cuestiones por lo del agua... y temo y tiemblo.

Los naturales de aquellas privilegiadas tierras, habían construido, de común acuerdo, presas, compuertas y canales, que sabiamente conducían las aguas á las plantaciones, aumentando así la beneficiosa influencia de las lluvias.

No daba la huerta tan sólo flores como María del Carmen. Engendraba también mariposillas, de vivos colores y genio alegre. Fuensantica se llamaba la más graciosa y con unas ganas locas de querer y muy pocas de pensar.

Al ver muy acaramelados á María del Carmen y Pencho, los bendijo, como si antes que el cura, ella los casara... y echó á correr, fingiendo ruborizarla las caricias de la dichosa pareja...

En la alquería de Pencho, trabajaba un muchacho llamado Jusepico. Un botarate con tanta suerte, que aun siendo tonto de capirote, había conseguido adueñarse del corazoncito de la gentil Fuensantica.

En busca fué Fuensantica de Jusepico, deseosa de imitar con él eso que se daban en el rostro María y Pencho. Pero la pasividad del mozuelo irritó á la traviesa chiquilla.

—¡Ay, hijo, qué «pasta» eres!... anda ¡paraol, no ves que estoy rabiando pa que me beses?

A pesar de todo, Jusepico, no se daba por aludido... y Fuensantica trinaba....

Para familiarizarnos con ellos, conozcamos a los nuevos personajes de esta narración.

Pepuso, gran amigo de Pencho, al que ad-



—¡Ay, hijo, qué «pasta» eres!...

mira por su valor y noble arrojo. Viejete más alegre que unas castañuelas, con un alma muy grande y un corazón de oro puro.

La «señá Consepsión», madre de Carmen. Mujer de muchos arrestos, capaz de mandar un regimiento de caballería insubordinado.

Javier, hijo único y heredero del cacique del pueblo. Muchacho franco y leal. Le gusta mucho María del Carmen; y anda codicián-

dola, pero la respeta como á novia de Pencho.

Migalo, padre de María del Carmen. Hombre de poco caletre y menos voluntad, á las órdenes incontestables de su... «capitán».

Domingo, el cacique, llamado «tío Maticá». Es el hombre más poderoso y acaudalado de la comarca. Padre de Javier, en quien adora, y padrino de Fuensantica.

La «señá Consepsión» sermonéó de nuevo á María del Carmen, al regresar ésta á su casa:

—Jezú, que tonta eres. No sé como te gusta este fanfarrón de Pencho, que nunca llegará á ser sumiso como tu pare... ¿No ves que Javier te devora con los ojos? Este sí que es fino... ¡y con más oro y tierras que el mizmísimo Salomón!

María del Carmen y su «pare» oían, y mudamente se dolían...

Los huertanos, lejos de aprovecharse de las presas que fraternalmente construyeron para beneficiarse mutuamente con equidad, desviaban las aguas unos á otros y así andaban siempre á la greña, divididos en dos bandos que se odiaban profundamente.

Los del bando «Bajo», capitaneados por Pencho, siempre veíanse despojados del agua que les correspondía.

Mientras los del «Alto», á cuyo frente se hallaba Javier, por contar entre sus filas al cacique, acaparaban siempre, en su único beneficio, el don del cielo, que Dios derramaba generoso para bien de todos.

Y agregando al injusto atropello, la chanzoneta y la burla, excitábanse los ánimos más y más.

Los perjudicados acudieron exasperados á la suprema justicia, de Antonio, el «Zeño Alcalde», individuo con infulas de ministro, que no se preocupaba más que de estar muy tranquilo, comer, dormir y volver á comer.

—Pero hijos de mi arma,—les contestó el «arcalde»—¿á qué enfadarse? ¿Pedís agua?... ya os la dará Dios en abundancia el mejor día. Que haya tranquilidad... y ¡á callarsel!

Por otra parte, Pencho, como jefe del bando «Bajo», se encaró con Javier, idem del bando «Alto», y le manifestó:

—Javier; ya estamos hartos de que nuestras plantaciones queden sin regar. Si repetís la jugárreta... te aseguro que habrá «sarao».

Luego, presentándose ante el alcalde, con quien estaba el tío Maticas, el cacique, ambos oyendo las quejas de los huertanos sin agua, le dijo así al primero:

—¿Cómo van á ser atendidas nuestras justas quejas, si el propio tío Maticas, es quien debe juzgar? ¡Todos representáis una farsa que enciende la sangre! ¡Y usted, señor Alcalde, es un muñeco á las órdenes del tío Maticas. Pero les advierto que si no se hace justicia me la tomaré por mi mano!

Uniendo la palabra al gesto, Pencho clavó su «faca» en la mesa del alcalde.

—¡Por Dios hijito... quita ezo de ahí, que pué saltar!

Mientras arreciaban las disputas, un «héroe» dormía. Este, por supuesto, no podía ser otro que Jusepico.

Y Fuensantica, que lo quería continuamente á su lado, lo buscó y encontrándolo, lo des-

pertó, para que él también fuera á defender á los de su bando.

—Jusepico... ¡pero tú tienes goma en la sangre!

Goma, precisamente, tal vez no la tenía; pero sueño, eso sí...

Unas horas después, el sol retirábase majestuosamente por el horizonte, dejando á la encantada huerta sumida en un ambiente, no por ser triste, menos poético.

Y los huertanos, arrancando de sus guitarras tesoros de sentimiento, en la noche espléndida, tejían madrigales y cantaban coplas.

Y Pencho, á su María del Carmen, gustaba de cantarle sentidas coplas de amor.

También los pobres de ingenio aman, y no les falta un corazoncito que escuche embelesado y celebre las coplas que de su boca salen. Por eso Jusepico, convertido en gentil «trovador» y escuchado por la enamorada «castellana» Fuensantica, rasgueó la guitarra y lanzó al aire estos suspiros:

Cuando se murió mi padre

A mí no me dejó nada.

Y á mi hermano le dejó...

...¡Asomado á la ventanal.

¡Ay, ay, ay, ay, Fuensantica,

De aquí no me arranca nadie.

Pese á quien pese te canto

Mis penas... ay, ay, ay, ay!

Otro ¡¡¡ay!!! más significativo siguió á los cuatro de la copla, brotado también de los labios de Jusepico, pero porque había recibido un patadón del tío Maticas, quien ya había

dado á Fuensantica un soberano tirón de orejas. Como se supone, Jusepico, puso los pies en polvorosa.

Pencho, frente á la reja de su flor más galana, presa de negros presentimientos que apenaban su corazón, con voz dolorida y doliente, empezó á cantar...

...Nenica, adorada mía,  
Un triste pesar me ahoga...  
Soñé que nos separaban  
¡Que pa siempre te perdía!...

María del Carmen, en la ventana, afirmó al amado:

—Pencho, mi cuerpo y mi alma te pertenecen... aunque nos separan... ¡seguiría siendo tuya!

Entretanto los mal intencionados de «Arriba», solapadamente desviaban el agua.

Los de su bando, avisaron á Pencho para que éste hiciera justicia. Le avisaron junto á la reja de María del Carmen, cuando vagando por los ámbitos de la poesía y del amor, Pencho gozaba de la felicidad suprema del que divaga, dejando inconsciente el cuerpo, y soñando el alma. Bien extraño por tanto, á todo deseo de querellarse.

Ella le imploró:

—Pencho... por Dios... ¡no vayas!

Pero Pencho, desoyéndola, se trasladó á donde su deber de jefe le llamaba.

El cacique, temeroso de que en la presa ocurriera algo, acudió á ella.

Frente á frente los jefes de los respectivos bandos enemigos, disputáronse agriamente, tanto que, separándose de los demás aprovechando la confusión de las discusiones, midieron sus «facas».

En un instante, uno de los dos cayó... ¡Javier!

Pepuso y otros amigos de Pencho, que habían presenciado la riña, le salieron al paso para que no se dejara vencer por el remordimiento de lo que acababa de hacer, y le dijeron:

—¡Bravo, Pencho!... pero ahora debes ponerte en salvo... desaparecer por algún tiempo de aquí. Nosotros quedaremos arreglándote el asunto.

Pencho vaciló, mas, imponiéndose, contestóles:

—Ocurra lo que ocurra, nada ha de ser peor que separarme de mi María del Carmen... ¡No, no huyol!

El tío Maticas, llegando á la presa después de la desgracia y de la fuga de Pencho, gimió ante su pobre hijo:

—Pobre hijo de mi alma... ¡mi único consuelo!

Algunos huertanos tendieron en una camilla el cuerpo de Javier y se lo llevaron al pueblo.

El tío Maticas, que iba detrás de la comitiva, halló en el suelo una navaja... ¡la de Pencho!

Fuensantica había enterado en seguida, gracias á sus ágiles piernas, á María del Carmen de lo ocurrido, y la escena que se desarrolló cuando Pencho volvió á su lado fué dolorosísima.

—Nenica mía; fué inevitable... lo hecho, hecho está. Estos quieren que huya... ¡y no he de hacerlos!

—Sí, Pencho mío, huye. Si te quedas y te condenan, tu huertanica muere de pena. Si te vas, te llevas mi fe y mi alma; pasa el tiempo, y vuelven tus labios á besar los míos.

Pepuso, deseoso de salvar á todo trance á Pencho, le advirtió:

—No hay tiempo que perder. La gente llega... vete. No vaciles, Pencho; es por poco tiempo; aquí quedamos nosotros para arreglar la cuestión.

Pencho, al fin, obedeció.

—Fío en tu fe, bonita mía... ¡huiré!

Partido Pencho, María del Carmen buscó consuelo en Fuensantica:

—Ay, Fuensantica, siento una pena inmensa en mi corazón... Pencho se ha salvado... ¡quizá no le veré más!

Y habiendo sabido que Javier no estaba muerto, sólo herido, María del Carmen no tuvo ya más que un pensamiento... ¡Si Javier sanase, Pencho podría volver sin peligro!

Al día siguiente empezaron las averiguaciones.

La «señá Consepsión», sin piedad, mortificó á su hija, como de costumbre:

—¡Paeces una bobal Siempre pensando en tu Pencho. ¿No ves que es carne de horca y ya huele á muerto?... Siempre te dije que era un bandido... ¡y sin un cuartol!

También hubo «elogios» para el marido, mudo ante el geniazo de la cónyugue:

—¡Y tú, peazo de Atún, tienes la culpa de

too! ¡Pues había que ver como te embobabas mirando á este asesino del brazo de nuestra Carmen!

Desde que Pencho huyera, María del Carmen sufría horrores, pues si bien es cierto que Javier sólo cayó herido, tal estrago causó el daño en su débil organismo que, empeorando de día en día, se acercaba fatalmente á un desenlace funesto. En efecto, el médico de cabecera de la familia del tío Maticas, dijo á éste:

—No debo ocultarle, Don Domingo, que el chico está gravísimo... Además, le faltan cuidados, solitudes, compañía. Si se pudiera encontrar alguna mujer para tan caritativa obra...

María del Carmen, decidida á humillarse por salvar á su amado, suplicó al cacique:

—Don Domingo, sea usted bueno. Retire su acusación contra mi Pencho...

—Pencho es el agresor de mi hijo. No puedo perdonarle. Al contrario, haré que suba al patíbulo... le acusaré... ¡tengo pruebas! Sus propias fanfarronadas le pierden... La inscripción de su «faca», la conocemos todos.

—Pero, ¿y si Javier se pusiera bueno?... ¿perdonaría usted entonces?... Si quiere, yo le cuidaré, Don Domingo... Quizá pueda reparar el mal que ocasionó mi Pencho... La Virgencita acoge siempre mis súplicas. Le pediré que mis cuidados curen á su hijo... Acepta usted, ¿verdad?

Al cacique, recordando la recomendación del médico, y aunque le pesara no vengarse del que hirió á su hijo, le pareció aceptable la

oferta de María del Carmen y entró con ella en la casa.

El Alcalde había llegado también.

—Domingo, siento mucho molestarte, pero la justicia ha de seguir su curso: debo interrogar á tu hijo.

Conducido junto al herido, el alcalde empezó su misión:



—...Le pediré que mis cuidados curen á su hijo...

—Hola, amiguito... veo que estás mejor. Muy corto ha de ser el interrogatorio... Dime, ¿quién te hirió?

María del Carmen pasaba por la más cruel de las ansiedades y asomada al interior de la habitación de Javier entre los pliegues de un

cortinaje, imploraba al enfermo, que la había visto, clemencia para el culpable...

Y como en Javier, más fuerza tenía la nobleza del alma que el rencor, pues fué herido en leal desafío, dijo con voz queda, pero resuelta:

—No sé quién me hirió... No lo ví... No lo recuerdo.

Se marchó el alcalde; reunióse el cacique con María del Carmen, y la habló así:

—Mi hijo no quiere acusar. Mientras viva, respetaré su generoso silencio... mas si muriese, ¡el asesino le había de seguir! Acepto pues tu ofrecimiento. Tú le cuidarás... y no olvides que velas por la vida de tu Pencho.

Para tranquilizar á María, el tío Maticas tiró la navaja de Pencho, que llevaba encima, como prueba de la culpabilidad de su dueño, en una arca...

Entre las densas gasas de la fiebre, Javier sintió que un dulce bálsamo caía en su corazón... ¡Había visto á María del Carmen!

María del Carmen fué para Javier el ángel guardián, la enfermera abnegada y solícita... Pero la infeliz no pudo sospechar que su continúa presencia al lado del enfermo había de encender en el alma del que siempre la codició, un amor profundo, una pasión loca.

Las visitas del médico eran para Carmen motivos de horrible inquietud. ¿Acaso la salud de Javier no era la de su Pencho? Y cuando veía que el médico movía la cabeza con desaliento, sentía que su corazón se estremecía, como si le comunicaran la condena de su amado. Y, ahogada por la pena, acudía á su Virgencita,



rezando con fervor profundo y pidiendo la salud del uno para salvar al otro. Y mientras sus labios de grana exhalaban preces que directamente subían al Cielo, sus ojos preñábanse de lágrimas, pensando en su adorado ausente.

Entretanto, en Orán, donde se había refugiado, Pencho no acertaba á comprender cómo podía vivir sin su María del Carmen...

Estaba arrepentido de su hazaña y lo demostró impidiendo que un moro acuchillase á otro:

—¡Insensato!- le dijo -¿vas á perderte, dejándote llevar un instante por la ira?

Y en tierras de España...

María del Carmen, para salvar á su Pencho, había ofrecido «mendigar una misa» por la salud de Javier. Los que no podían comprender la grandeza de ánimo de la enamorada, ni el misterio sublime de su actitud, saludaban su paso diciéndole:

—¿Cómo te atreves á pedirnos á nosotros por la salud de Javier? ¡Somos amigos de Pencho!

Pepuso, en la creencia de que María del Carmen quería á Javier, fué más lejos que todos en sus insultos:

—¡Pa que se fie uno de las mujeres!... Miren la coqueta como vela por sus intereses... Y el pobre Pencho... ¡que se pudra en Orán! ¡Quítate allá!... si pidieras pa una misa de difuntos... ¡Infiel... renegada!

Jusepico tampoco quería dar nada á María del Carmen, pero Fuensantica venció sus escrúpulos con su buen humor acostumbrado:

—¡Dame las perricas, bobalicón! ¿Quieres hacerte ahora el amigo de Pencho? ¿No ves que María del Carmen pide limosna por él? ¡Qué sabéis los hombres en materias de amores!

Las duras é injustas palabras del indignado Pepuso, laceraban cruelmente el alma de la infeliz... «¡Infiel!»... ¡á ella que no vivía más que por su Pencho adorado!

Pencho, en aquel momento, en Orán, recordaba la copla de sus amores...

...Nenica, adorada mía,

Un triste pesar me ahoga...

Y cual si al conjuro mágico de la copla laciesen dos corazones al unísono, y juntáranse libremente salvando mares y espacios dos amantes espíritus, María del Carmen musitaba lo que aquella trágica noche:

—...Pencho, mi cuerpo y mi alma te pertenecen...

Y con la garganta hecha un nudo, y los ojos inundados de lágrimas, la fiel amante sintiendo desbordar en su interior los adorados ecos del ser querido, cantaba y por su boca salían, dulces y ungidos como un rezo, los recuerdos inolvidables de horas sublimes.

Algún tiempo después, Javier había entrado en franca convalecencia. Mas si sanó su cuerpo, enfermó su alma, y el amor sin esperanza que por María del Carmen sentía, corroía su espíritu.

La «señá Consepsión» se «tropezó» un día con Pepuso, y como éste funfurrñaba, le preguntó la causa.

—¿Que qué es lo que tengo?... ¡mala puña-



—...Dispútamela, si te atreves, con tu «faca» en la mano...

(página 24)

lál... Pues que somos toos unos sangre de horchata; que aquí ve la gente joven como se le quita la novia á uno... ¡y tan tranquilos!... Si Pencho volviese, ¡no os había de salir tan bien el negocio!

—Pencho nos tié sin cuidao. Y yo de mí sé decirte que haré too lo posible pa que María del Carmen no se acuerde más de este bandido... y vea de hacerse una señorona conquistando á Javier.

Los amores de Fuensantica y Jusepico... se guían adelante... pero la fatalidad, en la persona del cacique, solía, con obstinada frecuencia, hacer sombra á su mutuo amor. Resuelta á alzar su voz... de enamorada... á su padrino, Fuensantica le objetó la última vez que la sorprendió con Jusepico:

—Pues mire, padrino: Jusepico es tan fogoso y valiente, que si ve que siempre se le interrumpen las oraciones... ¡me va á raptar!

La «señá Consepsión» recibía «otra» carta de Pencho, irritándose sobremanera:

—¡Maldito Penchol... ¿á que no se cansa de escribir?

Y á pesar de las justas observaciones de su esposo, la «señá Consepsión» abrió la carta, pues María del Carmen no había de leerla, y delectó lo que sigue, mordiendo los labios de rabia:

*“Huertanica mía: Ni un momento he dudado de ti, que para eso me juraste tu fe. Pero no me contestas, y temo y sufro, y estoy muy triste...”*

Mientras, Javier desbordaba su pasión por su enfermera, suplicándola su cariño:

—¡María del Carmen!... pero ¿no has obser-

vado que te adoro, que te amo como un loco?... ¡Tu desvio me mata! ¿A qué me curaste, si habías de atormentarme con otro mal mucho mayor?

Apenada, muy apenada por esta escena, María del Carmen dió á entender á Javier que no le correspondía. Entonces éste, desesperado, echóse á llorar...

Entretanto, Pepuso, el gran amigo de Pencho, avisaba á éste de lo que ocurría en el pueblo, resumiéndolo todo en la siguiente carta:

*“Mira, Pencho; sabrás que por aquí quieren quitarte á María del Carmen, para casarla con el rico Javier, y que la chica ha reparao tus estragos y que está pa olvidarte.*

*Aquí, como no hay sangre ni hay na, toos tan frescos.*

*Ahora ya lo sabes; adiós.*

*Pepuso”.*

Y algunos días después, surcaba velozmente el mar con rumbo á España un ligero bajel, á cuyo bordo navegaba Pencho, rugiendo de coraje, traspasado el corazón de dolor y celos.

El médico de Javier enteró al padre de éste del estado del convaleciente:

—Disto mucho de estar restablecido. Necesita mucho reposo. Cualquier disgusto puede ocasionar una recaída fatal... No se le debe contrariar en nada; su menor capricho ha de ser un mandato para usted.

Por su parte, Javier, dispuesto á vencer con su inmenso amor la resistencia en quererle de María del Carmen, la repetía sus súplicas; hasta que, al fin, María del Carmen, comple-

tamente resuelta á no dar ninguna esperanza á Javier, le declaró la pura verdad:

—¿Por qué insistes, Javier?... Bien sabes que mi amor es de Pencho.

—Insisto porque quiero vivir, y sin tí muero... Si nunca has de quererme, ¡Dios mío!, ¿por qué la «faca» de tu Pencho no me partió el corazón?

Luego, huyó veloz del lado de María del Carmen, y al llegar á su casa su padre lo sorprendió llorando. Conocida la causa de ello, le dijo:

—Hijo de mi alma, no te aflijas ni te alteres. María del Carmen será tuya... ¡vaya si lo será!

Pencho se acercaba á su pueblo y los mismos senderos amigos que viéronle partir favorecieron su llegada.

El tío Maticas visitó en su casa á los padres de María del Carmen, con quienes ella estaba, y notificó á la muchacha:

—Por tí vengo, María del Carmen... porque sabrás que Javier se ha enamorado de tí... ¡y has de ser suya!

—He jurado mi fe á Pencho, y suya he de ser ó de nadie. Javier ya se curó, y nada tengo que ver con él.

Para tratar de convencerla, á solas, el tío Maticas siguió á María del Carmen hasta el patio de la casa y allí la habló de esta manera:

—Mira, zagala: mi hijo no está curado ni mucho menos; si le contrarías, vuelve á enfermar y muere; conque... á la sacristía llaman

gente. Si no, ya sabes lo que le espera á Pencho.

—Pero ¿no le cumplí yo acaso?... Cuidé á Javier y sanó de la herida. Si vuelve á enfermar por otra causa ¿qué culpa tengo yo?

—Lo mismo da que muera de una puñalada de Pencho que de tu desvío por amor a este asesino. Conque... lo dicho.



—He jurado mi fe á mi Pencho, y suya he de ser....

Precisamente en aquel momento Pencho se entrevistaba con Pepuso y Jusepico:

—No puedo creer lo que me contáis. María del Carmen me juró su fe y yo la he guardado en mi corazón como en un relicario. Por lo demás... yo os juro que de ser cierto... ¡habrá sarao!

Y como si María del Carmen le hubiese oído y quisiera confirmarle que su fe era inquebrantable, contestaba al cacique:

—No insista, don Domingo. Repito: «suya ó de nadie», y de nadie seré si usted se empeña... Pero, ahora que caigo, sus denuncias no han de alcanzar á Pencho... ¡está muy lejos!

Mientras el tío Maticas volvía al lado de los padres de María del Carmen para hablar de la testarudez de la muchacha, ésta se recogía en su habitación y le pedía á la virgen:

—Virgencita mía... Virgen de mi alma... que yo muera si es preciso, ¡pero que Pencho se salve!

De súbito, una voz, un suspiro de amor conocido, besó su corazón:

...Nenica, adorada mía,  
Un triste pesar me ahoga...

¿Era aquello obra de la ilusión? No, pues asomándose á la ventana vió á Pencho, quien exclamó, así que la vió:

—¡¡¡María del Carmen!!!... ¡huertanica de mi alma!... ¡Mira como has acudido! ¡Qué Dios te bendiga, prenda! Todos mentían, ¡todos!... Me quieres siempre, ¿verdad, mi cielo?

—¡Sí, te quiero; sí!... como siempre, ¡más que nunca!... ¿lo estás oyendo?... Pero vete... tú no sabes... ¡huye!

La «señá Consepsión» oyó la voz de Pencho y, aunque dudaba que el chico fuera tan loco de volver por la huerta y por si lo fuera, salió á ver quién estaba hablando con María del Carmen. ¡Lo era, vaya si lo era! Y mientras ella se las había con él, el tío Maticas, reuniéndose con María del Carmen—obligada por su

madre á retirarse de la ventana—insistía en su pretensión de que se casara con Javier:

—Pencho ha vuelto, ¿verdad?... Ahora vuelves á estar en mis manos... Ya ves que mis denuncias no habrían de ir tan lejos como suponías para alcanzarle y llevarle al patíbulo. Ya sabes cuales son mis pactos: callaré si tú te casas con Javier... conque, decide: ¡ó tú ante el cura ó tu Pencho ante el verdugol!

La visión del patíbulo hizo estremecer de horror á María del Carmen, que cedió...

La «señá Consepsión» ponía verde á Pencho:

—¡Vete enhoramala, asesinol María del Carmen no será tuya nunca. ¡Otro mucho más rico la codicial!

Pero Pencho no se quedó corto:

—María del Carmen me quiere, y pese á todos los diablos del infierno y á usted el más negro, yo me casaré con ella, ¡ó se hunde el mundo!

Más tarde, Pencho volvió á llamar á María del Carmen y ésta le dijo:

—Pencho... por Dios... vete... No puedo escucharte... dí mi palabra de casarme con Javier... Lo hice por tí, Pencho mío... para salvarte. ¡El padre de Javier guarda en su arca la «faca» con que heriste á su hijo! Puede perderte... Javier muere si no le pertenezco... Yo soy suya, y el padre calla... ¡este es el pacto!

—¡Pues mira, niña!... ¡No me conviene!

Fiel á su juramento, María del Carmen cerró su ventana para Pencho y pidió clemencia á la virgen:

—Virgencita mía... ¿cómo es posible que viva con tanta pena?

Al día siguiente, Pencho vió á María del Carmen paseándose con Javier, que no cabía de gozo y, separándolos, se encaró con Javier, á quien preguntó:

—¿No adivinas á qué he venido?... ¡A quitarte esta mujer!

—¿Qué tie es que ver con ella? Esta mujer es mía. ¿No sabes que irá conmigo al altar?

—Y aunque así fuera, en el supuesto de que yo lo permitiera, ¿qué llevarías allí? Su corazón no había de ir, porque fui yo quien le enseñé á palpar de amores, ¡y desde entonces es mío!

—¡Calla, ó te arranco la lengua!... Disputámela, si te atreves, con tu «faca» en la mano, y trata esta vez de ir más derecho, que yo, si venzo, ¡no paro hasta partirte el corazón!

La fuerte excitación obligó á Javier á buscar apoyo para no caer al suelo sin fuerzas... ¡Estaba tan débil aún! Pencho le tuvo lástima, y se alejó entristecido...

El Alcalde, como representante de la justicia, al objeto de poner las cosas en su punto referente á la agresión de Pencho á Javier, se puso al habla con el tío Maticas:

—Bien sabes que deseo ser te agradable, pero en este caso... todo el pueblo sabe que Pencho hirió á tu hijo... y es menester que le prenda si no me quiero comprometer.

—En primer lugar, no puedes prenderle porque te faltan pruebas... y además yo no lo quiero y se acabó... Si no obedeces, verás que pronto te caes del ministerio, Antofónico.

¿Qué pensaba Pencho? Lo más noble y leal, aunque fuera descabellado y temerario. ¿A dónde iría? Por supuesto, al sitio de más peligro, que por esto decían de él sus amigos: «¿Ande estás, Juana?—Ande más peco».

Fuensantica, que tenía grandes deseos de amar sin «estorbos», propuso á su novio lo siguiente:

—Mira, Jusepico... veo que envejecemos sin podernos casar. Hay que aprovechar el tiempo: esta noche me robas... ¡y á ser felices! Dispuse ya la yegua del tío Maticas... pero, oye, ¿sabremos montarla?... ¡Vamos á ensayarlo!

Como las otras veces, el tío Maticas, sombra negra, llegó á tiempo de sorprenderlos... y de reñir de nuevo á Fuensantica. ¡Caramba!

La fiesta del noviazgo fué de lo más rumboso, grande y lucido que nunca presenció la huerta. Hubo chocolate y bollos «pa los pulidos». Pan blanco y longaniza. vino de Jumilla, música y baile.

El tío Maticas anunció á sus invitados tan buena nueva como la que sigue:

—Ahora se participa lo que ya se sabe, y es que ahora mismo se dan palabra de matrimonio Carmen y Javier. Cuanto á intereses, lo convenido es esto: la chica trae en dote su propia y rica persona, y yo traspaso á su padre el cultivo de mi acequia, una pareja para labrarlo, y si algo más le conviene, que abra la boca y no ha de faltarle.

Delante de todos, Javier entregó un anillo á su prometida. María del Carmen, entre triste y gozosa, aceptó el regalo, pues si bien mataba

sus más caras ilusiones, tomando la sortija ¿no recibía acaso la «faca» comprometedora?

El médico de Javier llamó á parte al tío Matias:

—No conviene que Javier tenga emociones demasiado fuertes—le indicó.—Aun no está bueno. La misma alegría de ahora debe saborearla muy cuerdamente... en fin, volveré más tarde... tengo que hablarle largo y tendido sobre esto...

Fuensantica, aunque el ensayo había «fallado», ordenaba á Jusepico que la raptase aquella noche.

De pronto, hubo general expectación en los concurrentes á la fiesta: ¡Pencho acababa de llegar!

—¡No hay que atropellarse... —dijo á todos— y ustedes perdonen que me presente á aguarles la fiesta!... Pero aquí se está apañando una boda para salvar á un hombre. Este hombre soy yo, ¡y no acepto el pacto! La justicia busca al que malhirió á ese... ¡Yo soy el que le pegó la cuchillada!

—¡Ebrio vienes!... ¡Miente! —gritó Javier.

—La inscripción de mi «faca» la sabéis todos. Dice así:

*“Para mirarla mis ojos  
Para quererla mi pecho  
Para dormirla mi arrullo  
Para guardarla mi hierro”*

Pues esta arma la tiene el amo de esta casa; en el arca la esconde.

No hubo más remedio que practicar un registro en casa del cacique y en el arca fué hallada la navaja de Pencho; y entonces, dirigién-

dose á María del Carmen, Pencho la manifestó:

—¡María del Carmen, acusado estoy!... Quisiste librarme, mas ya te dije que el precio no me convenía. Recoje tu palabra... ¡tú si eres libre!

Domingo, por la salud de su hijo, quería



*No hubo más remedio que practicar un registro...*

salvar á Pencho, costase lo que costase, y así ponía en juego toda su influencia sobre el alcalde. Sin embargo, no había solución posible según Antón.

—Ha habido testigos... este condenaio ha dicho la verdad. ¡Todos conocen su famosa «faca»! Deja que le prenda, Domingo; te compliarías sin adelantar nada.

Javier provocó á Pencho.

—Has querido hacerte el héroe. Pero á mí no me engañas. La libertad estorba á veces. Te has delatado para escapar á mi venganza, ¡cobarde faufarrón!

—¿Miedo yo?... ¿que he tenido miedo?... ¡Imbécil; ocúltame, y verás como esta noche te remato en campo raso como á un perro!

María del Carmen, no escuchando más que la voz de su conciencia, se inclinó á Pencho:

—Es verdad, Pencho mío, libre soy ya, y te acompaño á la perdición... ¡Contigo, Pencho; contigo!... ¡¡á donde vayas!!

El tío Maticas no se daba aún por vencido:

—Antón, pero tú no estás en tu cabal juicio —hizo observar últimamente al alcalde— ¿Cómo quieres prenderle? ¿No ves cómo te acechan sus amigos, y en cuanto salgas de aquí te destruyen y salvan al preso?

—¡¡.....!!

—Déjale esta noche en casa. Avisa á la Guardia civil, y en cuanto llegue la fuerza, tú te lo llevas.

Quedó convenido que Pencho sería encerrado en la casa del tío Maticas hasta el día siguiente.

Javier, á la puerta del encierro de Pencho, le retó:

—Aquí te quedas; si no eres un cobarde, me esperas esta noche hasta que yo venga... ¡y te mataré!

Fuensantica consoló á María del Carmen diciéndola que tenía una «ideica»; y ésta consistía en preparar su fuga con Pencho, con la yegua que había de conducirla á ella con Ju-

sepico. ¡Por salvar á María del Carmen podía hacer el sacrificio de diferir su propio raptol!

El tío Maticas entró á ver á Pencho en su encierro.

—Ahí te dejo la puerta abierta... ¡Huye, si quieres!

—Habría de ser con María del Carmen, y aun así no podría, que prometí esperar aquí á alguno, y aquí he de aguardarle por si viniera.

—Si no te escapas en seguida, ten bien presente que te suelto todos los mastines. Conque, ya estás avisado.

Las amenazas del tío Maticas, que deseaba que Pencho desapareciera del pueblo, para que Javier se casara tranquilamente con María del Carmen, fueron inútiles. Javier fué fiel á su reto. Y cuando Pencho y él iban á salir al campo para matarse, se detuvieron repentinamente, porque el tío Maticas y el médico, que hablaban, podían verlos. De modo que oyeron lo que decían:

—Domingo... veo que piensa casar muy pronto á Javier, y esto es un desatino... he de serle franco... es mi deber... Javier... su hijo, está perdido... No hay esperanza para él. Cuidándose mucho, puede vivir hasta el próximo invierno... si se casa... ¡muere en seguida!

Javier, ante la fatal realidad, que mataba todos sus ensueños, volvió al encierro con Pencho, temblando todo su ser.

—Ven, Pencho,... ven á arrancarme lo poco que me queda de vida... ¡ya ves, aun tendré que agradecerle lo único que aun puede agradarme!

Fuensantica y María del Carmen llegaron al



encierro. La yegua estaba preparada. No había tiempo que perder porque la guardia civil llegaba.

Javier sufría el más cruel de los martirios y cuando Pencho inició la fuga con María del Carmen, él se opuso:

— ¡¡¡Con ella no!!!



—...Cuidándose mucho, puede vivir hasta el próximo invierno...

Mas luego, comprendiendo lo que él era, murmuró.

—...Sí... sí.. con ella. Tómala... llévala... ¡ya para mí se acabó todo!

María del Carmen, presa de una infinita compasión, dijo á Pencho, empujándole á él:

— Pencho... ¡abrázale!

— Sí, Javier... ¡¡á mis brazos!!

Fué un abrazo de perdón... tras el cual los dos enamorados galoparon hacia la felicidad... huyendo de la implacable justicia... mientras el pobre Javier ahogaba sus sollozos besando con delirio, una rosa, desprendida, en su precipitación, del pecho de la mujer amada....

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

---

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tarrasa.

PRÓXIMO NUMERO:

## SACRIFICIO DE AMOR

Dramática novela cinematográfica de  
asunto muy sugestivo y sentimental.

Creación de la favorita **LUCY DORAINE**

POSTAL-FOTOGRAFÍA:

RODOLFO VALENTINO

Precio 25 cts.

Sale todos los miércoles

---

¿Ya tiene Vd. completa nuestra  
colección de novelas y postales?

---

Para en breve preparamos un número extraor-  
dinario. ¿Tiene Vd. ya curiosidad por saber su  
título? ¡Asómbrese Vd.! Será

## LA BOHÈME

por la inimitable **Marfa Jacobini**